

FRÉDÉRIC PAJAK

LA INMENSA SOLEDAD

CON FRIEDRICH NIETZSCHE Y CESARE PAVESE,
HUÉRFANOS BAJO EL CIELO DE TURÍN



e

errata naturae

A la memoria de mi padre

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *L'Immense solitude. Avec Friedrich Nietzsche et Cesare Pavese,
orphelins sous le ciel de Turin*

© Les Éditions Noir sur Blanc, CH-1003 Lausanne, 2011

© de la traducción, Javier del Prado Biezma

(A pesar de numerosas gestiones, la editorial no ha localizado a este traductor;
queda a su disposición para satisfacer los honorarios de esta reedición de su traducción)

© de la traducción del prólogo y de los nuevos párrafos de la actualización de la edición, Irene Antón, 2015

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-87-9

DEPÓSITO LEGAL: M-5996-2015

CÓDIGO BIC: HP / JF

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Edelvives

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

«En definitiva, nadie puede sacar de las cosas, incluidos los libros, más de lo que ya sabe. Se carece de oídos para escuchar algo a lo que no se accede desde una experiencia vivida».

FRIEDRICH NIETZSCHE, *ECCE HOMO*, 1888

La primera edición de *La inmensa soledad* se publicó en octubre de 1999. El siglo xx tocaba a su fin y nosotros con él, presintiendo, en ese perfume crepuscular, que muy pronto habríamos de aprender otros cansancios y nuevos «vacíos definitivos», para decirlo con Élie Faure.

Aquel prólogo comenzaba así: «Este libro no es una biografía, ni dos biografías, aún menos una autobiografía. No es un libro de historia, ni un libro que cuenta historias; no es un libro de geografía, ni una novela, ni un cómic.

No tiene ninguna gracia, a pesar de algunas de sus ilustraciones, ni es tan negro como debería ser, cuando lo que se pretende evocar es la soledad, la muerte, la locura, el suicidio o el dolor irreparable de los huérfanos.

Tampoco se trata de una introducción a los libros de Friedrich Nietzsche y de Cesare Pavese. Nada de cuanto vivieron o escribieron se evoca aquí con una finalidad predigestiva.

He escrito y dibujado este libro como si se tratara de una interminable ensoñación. Comenzó hace ya varios años, una tarde de otoño a orillas del Po, en Turín, y por casualidad. “Por casualidad”, no os engañó. Desde aquel día, me he topado en más de una ocasión con esa “casualidad”, revoltosa e inquietante al mismo tiempo, a la que también nos referimos cuando decimos: “¡Qué coincidencia!”, y de la que vamos a hablar aquí en muchas ocasiones».

Cuando empecé este libro, en 1995, estaba a punto de cumplir los cuarenta. Acababa de salir de un túnel interminable que había acabado pareciéndose a una biografía dibujada y escrita en primera persona, titulada *Martin Luther, l'inventeur de la solitude*. Un libro que suscitó una incompreensión casi unánime. ¿Se trataba de un ejercicio teológico, de una fantasía, de una broma pesada? Nadie se pronunció.

A decir verdad, esta incompreensión no me sorprendió ni afectó. Al igual que algunos leen novelas de amor, a mí me gustaba la literatura religiosa, ese batiburri- llo gnóstico, con predilección —quiero decir: con curiosidad— por los panfletos ignominiosos y las *charlas de sobremesa* del monje fanático, borracho, escatológico y suicida que, junto a otros, o contra otros, se embarcó en la reforma protestante. Algo me turbaba: tres siglos y medio antes de la proclamación de Nietzsche

contra el cristianismo, con su brutalidad apocalíptica, Lutero había conseguido «trocear» la Historia de Occidente en dos partes, dejando al hombre protestante a su libre arbitrio, es decir, completamente solo frente al silencio de Dios.

En aquella época, al descubrir Turín por primera vez, alquilé, sin saber muy bien por qué, un pequeño apartamento en Aosta. En coche, tan sólo tardaba una hora en llegar a la gran ciudad, que visitaba cada semana, a veces incluso cada día. Al principio, pintaba cuadros figurativos y acuarelas al aire libre, a orillas del Po, antes de dibujar calles y fachadas, al fondo de un café, con tinta, una pluma y un pincel.

Por la noche, de regreso en casa, en la calle de la Torre del leproso, releía los libros de Nietzsche y Pavese que había leído con pasión en mi juventud. Pero Turín no me desveló enseguida el hilo misterioso que unía a estos dos melancólicos empedernidos. Dejé que aquel hilo se desarrollara por sí mismo y me condujese hasta una calle despoblada, en lo alto de una colina, bajo la frescura de un árbol; y una vez allí, por decirlo grandilocuamente, o con cierta poesía categórica: una confesión, un sollozo, una risa.

Durante cuatro años, soñé con Nietzsche y Pavese, y erré a lo largo de rígidas avenidas con fachadas de color rojizo y ocre, bajo arcadas de una potencia onírica que desembocaban en grandes plazas en las que se exclamaba un punto de fuga, en las que se alzaban estatuas que repentinamente te atacaban en la noche. Soñé sin la menor consigna, sin mapa de orientación, siguiendo tan sólo ese hilo al que llamamos «hilo de las páginas» y que acabó por hacer saltar el despertador, en 1999, bajo la forma de un libro.

Han pasado los años. He sentido la obligación de volver a encontrar este libro, de volver a encontrarme en él, de recomponerlo con mi látigo, con arrepentimientos, añadidos, dibujos arreglados, sin las «narices exageradas» de la primera versión.

Hay que volver siempre sobre los propios pasos. Hay que volver sobre lo mismo, labrar la parcela que nos ha tocado tal y como la imaginamos, pues es a fuerza de mover y remover el lodo como encontramos, además de piedras, larvas y lombrices, las suficientes raíces para poder tal vez levantar la cabeza al viento. Este libro es mi parcela. En ella he cultivado no sé qué; he encontrado tal vez mi propia soledad, porque, a fuerza de rumiar esta palabra ha terminado por recubrir mi vida, a veces incluso por sepultarla. No hay por qué lloriquear: la soledad tiene su parte de goce, de quietud también. No siempre supone una infelicidad inconsolable... Y aquí lo dejo: no quería hablar tanto de mi propia soledad, sino de la de los demás, la de Nietzsche o la de Pavese, por ejemplo. Dos personajes que a menudo se describen como postrados y mórbidos, de una melancolía lánguida, extática y funesta, dos hombres, no obstante, explosivos, y a los que todo opone: la época, la lengua, el destino... pero a quienes los muros

y las sucias salas unen, como los que esa condena de ser para siempre huérfanos, niños mojados ante la tumba del padre. La tierra removida de esa muerte se recubre de otra tierra, y sus tumbas abren otras tumbas: la de esa despreocupación que les está prohibida, ya sea en sus escritos poéticos, narrativos, filosóficos, premonitorios, quejumbrosos o vituperantes, y que se enfrentan constantemente a su vida real, a su respiración, a su digestión, a su sueño.

A fuerza de frecuentar esas sombras arrojadas a la multitud que se limpia los pies en ellas, a fuerza de hablarles en la oscuridad para pedirles alguna respuesta, a fuerza de toda esa ilusión sobre la que se vuelve una y otra vez y que no se apaga nunca, acabé por «entrever» lo que los dos habían escondido a menudo, uno bajo la inquietante máscara de un Dionisos excesivo, el otro bajo los rasgos cerrados de un introspectivo, convencido de su destino de suicida.

«Entrever»: ésa es la palabra. Es ese segundo que cae cuando cae el telón. Y es en ese instante entrevisto cuando nos entrevemos nosotros mismos. La soledad del otro se nos vuelve familiar. Y gracias a esa familiaridad el lector deslumbrado se transforma de repente en el *actor* de su lectura, en una ósmosis fatal. Ahora bien: «ósmosis» no quiere decir ni identificación ni admiración... No: la ósmosis es tal vez una rara paradoja que consiste en alojarse en el interior de los demás descubriéndose, sin embargo, cada vez más extraño a ellos. Deslizarse bajo sus sábanas para olvidar el calor de nuestro propio cuerpo; nadar dentro de sus libros para volver a uno mismo, a nuestra propia miseria, también a nuestra exaltación. Quiero decir con ello que, a fuerza de morir en Nietzsche y en Pavese, he acabado naciendo, caminando sobre mis propias piernas, y creciendo y envejeciendo. Tal es, sin duda, el sentido oscuro de este libro.

Ya lo he explicado: es porque yo mismo soy huérfano de padre por lo que este libro se me ha impuesto. Todo viene de ahí. Por eso se parece a una tentativa de autoanálisis. Probablemente lo sea. ¿Por qué no? A fin de cuentas, podría casi hablar de «liberación». Gracias a él, he reabierto una herida para volver a la vida y, a fuerza de creer, he creído.

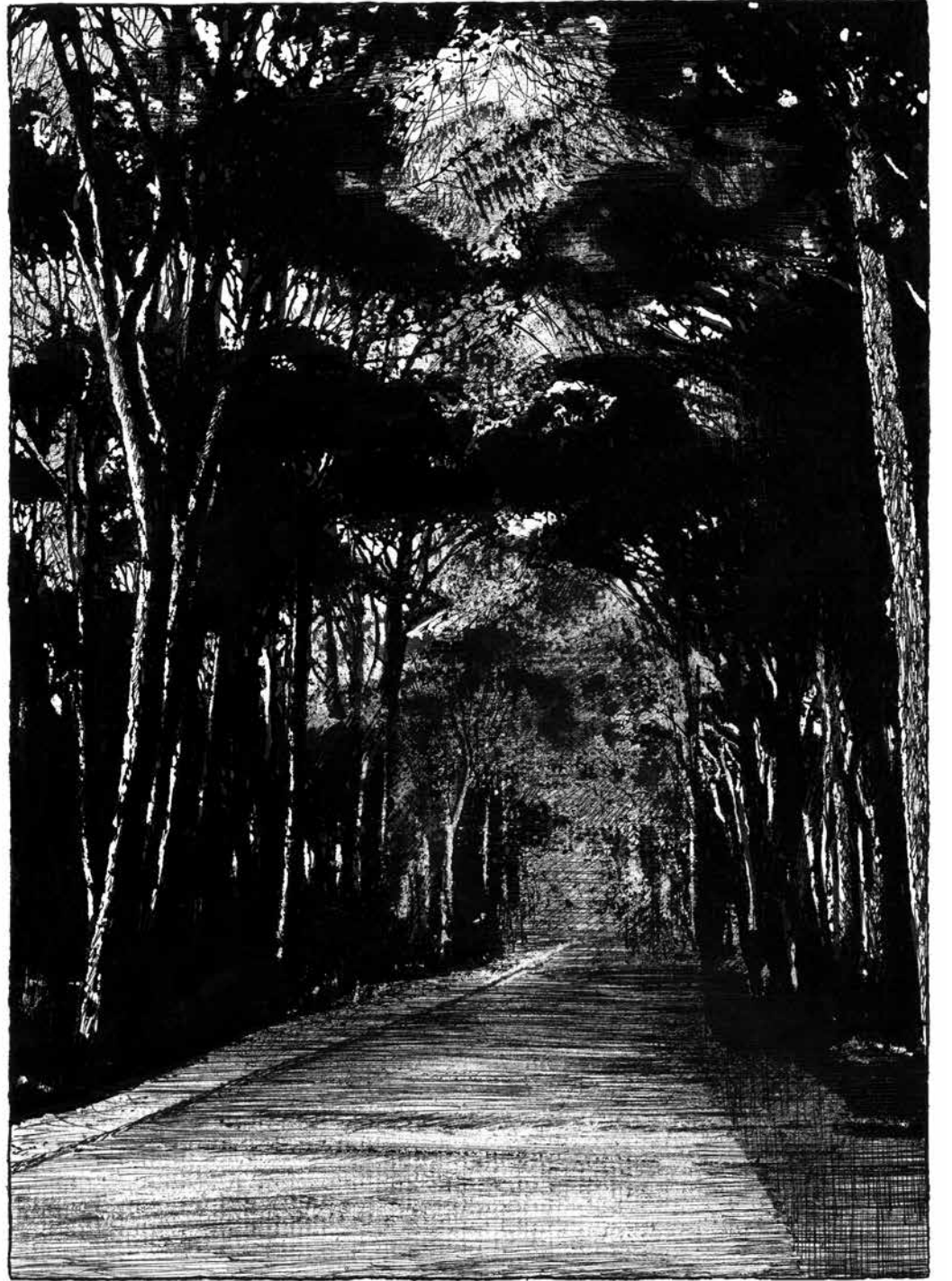
Pero once años después de la primera publicación «terapéutica», al menos sé que la vida no ha acabado de volver, que nunca regresará del todo a aquella hora en la que se arruinó, el día de la muerte de mi padre. Porque la muerte de los demás, la muerte de aquellos a quienes hemos amado, nunca muere en nosotros. Volver a leer este libro, retomararlo, es un poco reconciliarse con la muerte —o, mejor dicho: con la ausencia—, es decir, con lo que más nos habla de nuestras vidas. Así es, y resulta casi banal. Lo que podría pasar por un «trabajo de duelo» no existe, no provoca en mí ningún consuelo, ningún alivio, ningún olvido.

F. P., 28 de junio de 2011

LA VOZ DEL PO

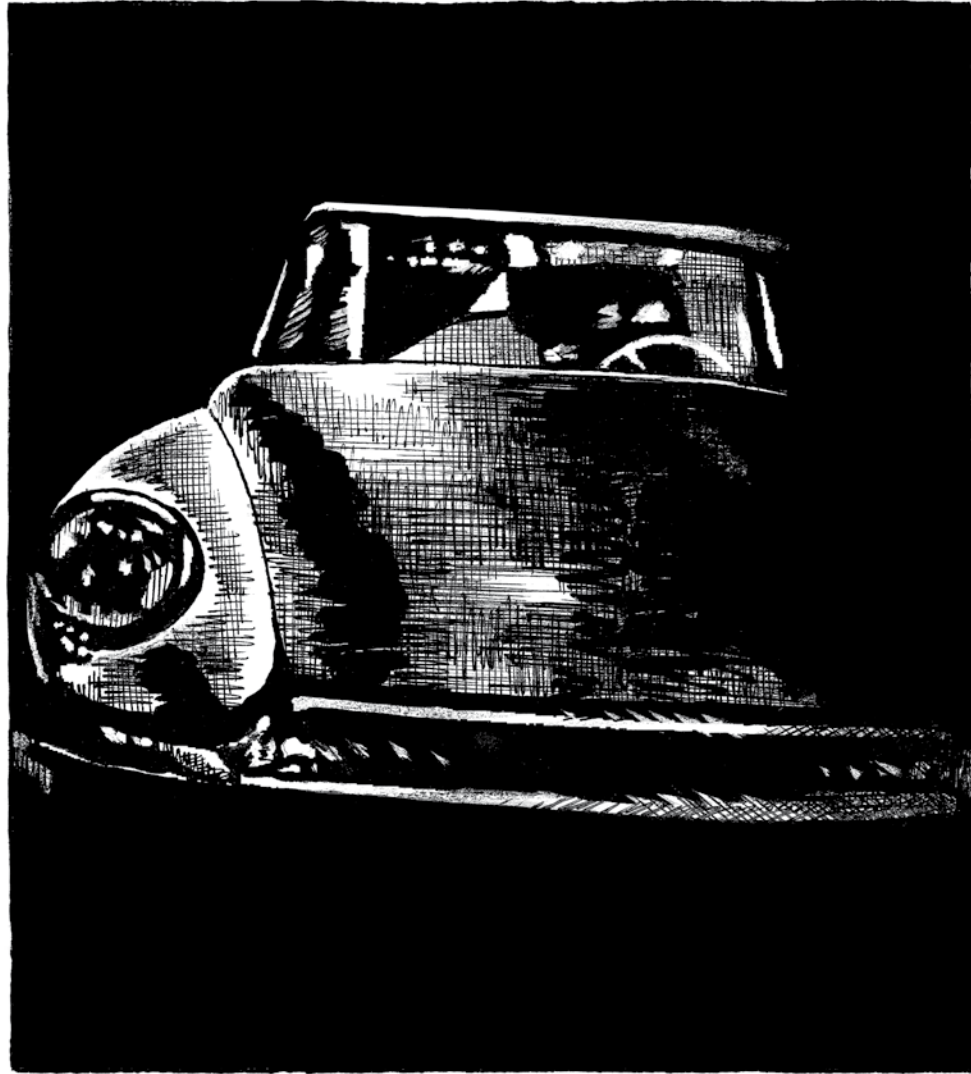
«Bellas estrellas de la Osa, ¿sabía yo acaso
que un día volvería a veros
titilando encima del jardín de mi padre,
y que os volvería a hablar de las ventanas
de la morada en la que de niño estuve,
cuando ya contemplaba el final de mis dichas?».

GIACOMO LEOPARDI, *LOS RECUERDOS*, 1831





Mi padre ha muerto; se mató en un accidente de coche. Tenía treinta y cinco años. Yo, nueve.

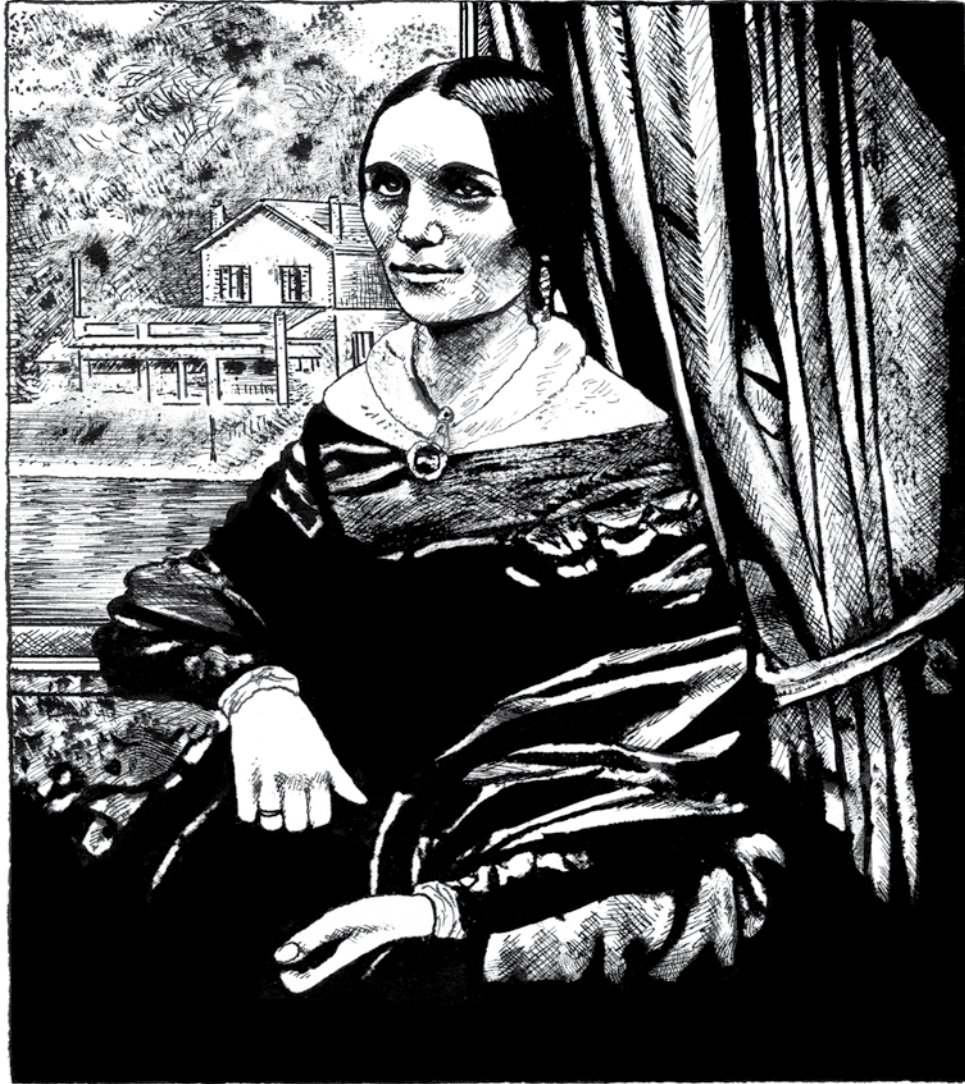


Desde aquel día, ¿cuántas veces he creído verlo, resucitado, al volante de su Citroën DS blanco y con el techo de un gris metalizado?



Pero ¿me veía él a mí?

No he ido nunca a ver su tumba. Un día me iré, con los pies por delante, junto a él, y junto a mi abuelo, a un cementerio de Estrasburgo.



Franziska Nietzsche es una buena esposa, buena madre, buena hija del Buen Dios. Hija del pastor Oehler, ha entregado su mano al párroco de aldea Karl Ludwig Nietzsche, hijo también de pastor, en Röcken, un pueblecito cercano a Leipzig. Ella no tenía los dieciocho años, él tenía treinta. Un año más tarde, el 15 de octubre de 1844, día del aniversario del rey Friedrich Wilhelm IV, da a luz a uno de los bigotes más grandes de la Historia, a quien llama, precisamente, Friedrich Wilhelm. «¡Oh, momento feliz! ¡Oh, ceremonia encantadora! ¡Oh, santidad inefable de esta obra!», exclama con un énfasis desacostumbrado el feliz padre.

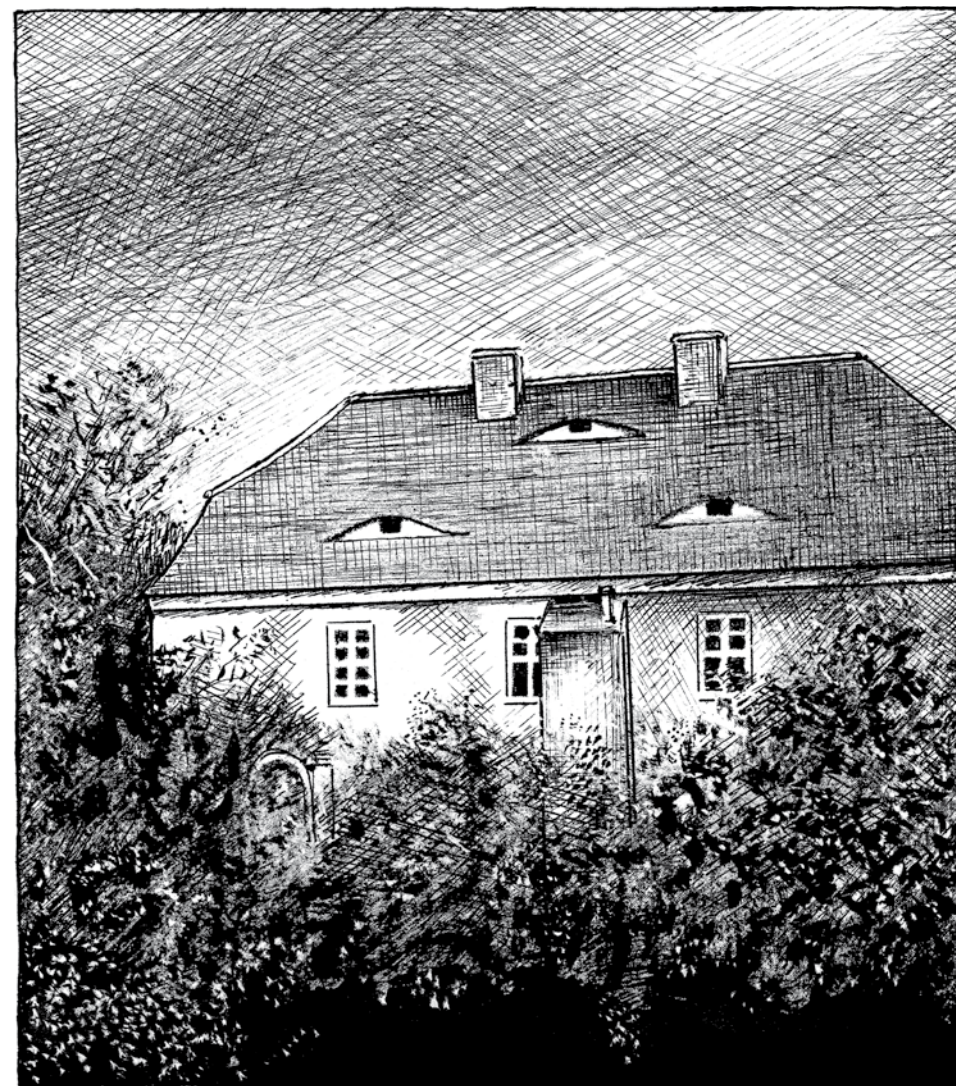


Franziska no sospecha que al dar el pecho a su hijo está amamantando a un diablillo de la retórica, el futuro enemigo de la superstición protestante. Ríe, sus pequeños y ardientes labios se deleitan con la leche materna. Hija, satisfecho, amado, mimado: es su primer hijo. El padre comparte sin reservas este enternecimiento.

La fría campiña alemana apenas es acariciada por un pálido sol que querría lamer la nuca de los cultivadores, píos y fieles, arrodillados a los pies de su dulce pastor luterano, Karl Ludwig Nietzsche. Todos le prestan un poco de su beatitud para crear un ángel.



Veinte meses más tarde, en julio de 1846, Franziska Nietzsche da a luz a una niña, Elisabeth. Los niños conviven en una pequeña comunidad apacible, siempre preocupada por hacer el bien; es más, por hacerlo en todos los ámbitos. Entre el cielo lluvioso y la ciénaga de la tierra, la música está por todas partes. Cuando el pastor se sienta al órgano, todos los corderos entonan la alabanza al señor. Nada, salvo de vez en cuando una tormenta, una discusión entre borrachos, un animal enfermo o un trigo demasiado húmedo, se inmiscuye en la quietud del pueblo.



En febrero de 1848, Friedrich y Elisabeth ven nacer a su hermano Joseph. Ese mismo año, el pastor Karl Ludwig Nietzsche comienza a sufrir violentos dolores de cabeza. Tiene ataques de vértigo. Los trastornos mentales se hacen más frecuentes, seguidos de crisis de epilepsia. El doctor diagnostica un «reblandecimiento» del cerebro. Sigue una larga agonía.

Friedrich Nietzsche no ha cumplido los cinco años cuando su padre muere, el 27 de julio de 1849, a los treinta y seis años. «Como planta, nací cerca del camposanto; como hombre, en la casa de un párroco de aldea», escribirá más tarde en *Mi vida*, una de sus autobiografías de juventud.